



LA NUEVA ALIANZA OPOSITORA EN LA ARGENTINA

Roberto GARGARELLA

A principios de agosto, la vida política argentina conoció un hecho seguramente crucial para los años por venir. Sorpresivamente, decidieron aliarse los dos principales partidos opositores: la centenaria Unión Cívica Radical (UCR), aún liderada por el ex Presidente Raúl Alfonsín, y la (mucho más reciente) agrupación de centroizquierda, Frente País Solidario (FREPASO). El acuerdo, en realidad, no resultaba en absoluto imprevisible, pero su concreción fue sin dudas inesperada. Para decirlo de un modo más claro, desde 1987 el justicialismo había terminado ganando todas las elecciones, mientras la oposición dividía sus votos y (al menos en parte) provocaba su autoderrota.

Una alianza obvia pero inesperada

Por ello, cualquier observador imparcial podía considerar irracional (especialmente en los últimos años) el mantenimiento persistente

de una oposición fragmentada: se necesitaron diez años de derrotas para advertir la necesidad de un cambio de estrategia. A pesar de esta situación, la ciudadanía tenía razones para no esperar un acuerdo opositor: conocía la obs-

tinación y, también, la mezquindad de algunos de sus dirigentes. El FREPASO, por ejemplo, parecía tomar como su objetivo principal el de desplazar a la UCR como primera fuerza opositora (aunque en dicha disputa se le fuera la vida). Por su parte, la dirigencia radical, insólitamente había sabido abrirse hacia la posibilidad de un acuerdo con el gobierno, pero no con la oposición.

Finalmente, las agrupaciones opositoras decidieron reaccionar frente a la certeza de una nueva derrota en una elección clave. Curiosamente o no, el artífice de este cambio fue Raúl Alfonsín, el mismo que pocos años atrás había facilitado la reelección del presidente Menem a través de un más bien opaco acuerdo con el justicialismo (el llamado *Pacto de Olivos*). Ahora, Alfonsín competía como primer candidato a diputado de la UCR en Buenos Aires (obviamente, la elección local más importante del país), y las encuestas lo colocaban en un cómodo tercer lugar en una elección disputada fundamentalmente por tres fuerzas (la UCR, el justicialismo y el FREPASO). La disputa electoral que llegaba no sólo prometía el tercer puesto para Alfonsín: la previsible derrota destruía sus posibilidades de volver al primer plano político (luego del desafortunado final de su gobierno) a la vez que abría inmejorables perspectivas para el gobierno. En efecto, el partido de Menem no sólo gozaba de amplias posibilidades de ganar

***Paradójicamente Alfonsín,
renunciando a su candidatura,
propició una alianza
entre UCR y FREPASO.***

dicha elección gracias al efecto «oposición dividida,» sino que, de ese modo también, allanaba su camino hacia una nueva victoria en las próximas elecciones presidenciales. Frente al escenario descrito, Alfonsín decidió tender una mano al FREPASO y, en un gesto lúcido, tan elogiado (y elogiado) como autointeresado, renunció a su propia candidatura para potenciar las posibilidades de un acuerdo entre ambos partidos.

La ideología de la Alianza: el liberalismo como izquierdismo

La descripción más habitual de la Alianza presenta a ésta como un frente de centro-izquierda. Notablemente, sin embargo, las principales reivindicaciones del frente opositor coinciden casi exactamente con los reclamos típicos del liberalismo: justicia independiente; separación de poderes; límites a la discrecionalidad del poder ejecutivo; mayores controles sobre los funcionarios públicos; respeto a la prensa. Los principales dirigentes de la Alianza terminaron de despejar posibles dudas al respecto a través de una de sus primeras definiciones programáticas. En efecto, con cierta espectacularidad y esmerada contundencia, sus voceros dejaron en claro que la Alianza no estaba dispuesta a modificar las bases del rumbo económico definido por el menemismo —un rumbo, de orientación al menos, «libre-mercadista»

Obviamente, «el hecho del liberalismo» en principio, no resulta especialmente bueno ni malo, pero sí marca la precariedad del debate político del país: se combate actualmente por llegar al punto de partida de la República que comenzó a gestarse hace más de cien años (el establecimiento de una básica

división de poderes y de un elemental sistema de frenos y contrapesos). De todos modos, alguien podría decir que, en última instancia, esta situación representa, en realidad, un *progreso*: tén-gase en cuenta, en efecto, que hace poco más de diez años, y luego de la dictadura militar, el radicalismo llegaba al poder identificándose simplemente con el derecho a la vida. Ahora, podría decirse, se ha avanzado bastante desde aquella reivindicación, por lo que se le puede exigir a quienes gobiernan que aseguren las bases de una organización republicana.

Acerca de estas vueltas al pasado y teniendo en cuenta tanto el liberalismo de la Alianza como el (neo)conservadurismo al que se enfrenta, quisiera dejar apuntada una última observación. Resulta interesante señalar cómo el actual estado de cosas reproduce una disputa que ha sido la disputa política tradicional en casi toda Latinoamérica durante todo el siglo XIX (al menos); una disputa que enfrentó a liberales y conservadores, y que tuvo al pensamiento radical, de izquierda, como pensamiento ausente (así, por caso, en ejemplos como los de Argentina, Chile, Ecuador, Colombia, Venezuela).(1)

(1) Este hecho resulta (ha resultado siempre) algo curioso, teniendo en cuenta que los Estados Unidos y los principales países de Europa erigieron sus instituciones modernas a partir de una fuerte contienda entre fuerzas conservadoras y radicales —esto es, en una contienda entre fuerzas ideológicas antagónicas (piénsese en el radicalismo anti-federalista, en los Estados Unidos; en el radicalismo Rousseauiano, en Francia; en el radicalismo de Thomas Paine y el asociacionismo inglés). Alguien podría conjeturar que esta constante «ausencia» de un pensamiento genuinamente radical (que pida un mayor igualitarismo político y social) en parte refleja y en parte explica algunas de las deficiencias que caracterizan al funcionamiento institucional y al debate político nacional.

El estado actual de la política argentina reproduce la disputa política tradicional entre liberales y justicialistas.

Las promesas y los límites de la Alianza

Contra los que menosprecien el tipo de consideraciones ideológicas avanzadas en los últimos párrafos, cabría decir que, dadas las cuestiones allí involucradas, conviene no pasar por ellas tan rápidamente. Un ejemplo puede ayudar a vislumbrar el por qué de tal afirmación. Apenas horas después de constituida la Alianza, la misma debió fijar posición sobre una huelga y una manifestación de protesta convocadas por el sindicalismo opositor. Como muchos podían prever, la postura de la Alianza al respecto no fue clara. Muchos de sus miembros (típicamente, la dirigencia más tradicional del FREPASO) propusieron una completa adhesión a la jornada de protesta, mientras que los dirigentes más encumbrados del frente tomaban una postura más moderada. Finalmente, la decisión adoptada reflejó tal ambigüedad: la Alianza (en un *clintoniano* «fumo pero no inhalo») respaldó la huelga pero no movilizó a sus militantes en apoyo de la jornada de protesta sindical.

Esta cuestión aparentemente anecdótica, en realidad, contribuye a discernir mejor varias otras cuestiones. En primer lugar, sugiere un hecho difícilmente refutable: que a los integrantes del frente (como dice el poema de Jorge Luis Borges) «no los une el amor sino el espanto». Para decirlo de otro modo: la

***La Alianza tiene dificultades
para avanzar en las zonas
donde el menemismo
no es una amenaza electoral.***

Alianza se distingue aún por un grado importante de heterogeneidad interna, siendo el gran factor que los aglutina un (justificado) temor frente a la sensibilidad autoritaria del justicialismo y (fundamentalmente), el temor a una derrota futura frente a dicho partido. Notablemente, esta aseveración resulta ratificada por un hecho muy rotundo, como lo es que la Alianza (sellada en la Capital Federal, en la provincia de Buenos Aires, y en una serie importante de localidades del país) tiene enormes dificultades para concretarse en aquellas provincias gobernadas actualmente por el radicalismo. Esto es, la Alianza tiene dificultades para avanzar en aquellas zonas donde el menemismo no representa una amenaza electoral.

Lo dicho —alguien podría sostener— constituye un dato menor. Sin embargo, lo cierto es que nos advierte acerca de una clara tensión estructural, presente en el cuerpo de la Alianza. Ello debido a que muchos de sus principales dirigentes se encuentran separados profundamente en cuestiones de primera importancia. Por supuesto, la heterogeneidad política interna puede ser saludable en un partido político. Debe ser bienvenida, sobre todo, cuando se considera cuál puede ser la alternativa a dicha situación: en el caso argentino, por ejemplo, la contracara de dicha situación la puede representar el menemismo que, en todos estos años de gobierno (y posiblemente por las peores razones) ha

actuado como un partido homogéneo, compacto, verticalizado en última instancia. De todos modos, cabe notarlo también, la mencionada tensión estructural que se vislumbra en la Alianza, de ser real, promete sentar las bases de una inestabilidad futura, y afectar así, en primer lugar, las perspectivas electorales de la coalición (por ejemplo, en la medida en que dicha tensión se traduzca en disputas internas, en incoherencia discursiva, en una indeseable ambigüedad programática).

A pesar de lo dicho, resulta más o menos claro que, al menos hasta ahora, la Alianza ha sabido maniobrar hábilmente sobre terreno peligroso. Su primer *test* electoral, en la provincia del Chaco, le deparó un previsible pero extraordinario triunfo y le permitió superar en más de 25 puntos al justicialismo. La Alianza también promete realizar una elección excepcional en los próximos comicios legislativos en la Capital Federal (en donde todas las encuestas la muestran reuniendo más del 50% de los votos); y al menos obtener unos muy buenos resultados en la decisiva elección de diputados en Buenos Aires (normalmente un bastión del justicialismo). (2)

Para explicar este significativo apoyo público hacia la coalición opositora deben reconocerse datos como el siguiente: en todo este tiempo, la Alianza

(2) La elección en este último distrito es tan importante que normalmente se ha dicho, y con razón, que una victoria en Buenos Aires tiende a decir quién es el ganador a nivel nacional. En este sentido, los miembros de la Alianza abrigan la razonable esperanza de realizar un buen papel en las próximas elecciones presidenciales en Buenos Aires (por ejemplo, ganando o perdiendo por pocos votos) y llegar a obtener una mayoría de votos a través de victorias contundentes en otros distritos de importancia (como la Capital Federal).

se ha sabido ganar la confianza del electorado, por lo menos como un partido que defiende los más básicos ideales republicanos y que es conducido por dirigentes que parecen genuinamente decididos a enfrentar la corrupción con la que usualmente se asocia al gobierno.

¿Qué esperar de la Alianza?

Nadie, salvo un obstinado defensor del gobierno de Menem, puede dejar de reconocer en la formación de la Alianza una buena noticia: representa la posibilidad de establecer límites al poder frente a un gobierno que tomó muchas de sus principales decisiones obviando al Congreso e ignorando controles; representa la esperanza de reorganizar la justicia frente a un gobierno que, apenas asumido, tendió a desarticularla (por ejemplo, forzando una mayoría propia en el tribunal superior, desplazando a jueces y fiscales que lo incomodaban, disolviendo las oficinas de control administrativo); representa la posibilidad cierta de desafiar electoralmente al justicialismo, rompiendo con el reinstaurado mito de la invencibilidad peronista.

Con su sola formación, la Alianza ya ha producido novedades decisivas en el escenario político argentino. Ello, por ejemplo, al forzar al gobierno a reorganizar su discurso, a cuidar más de sus acciones, a autocontenerse. Es más, debe reconocerse que una Alianza eventualmente ganadora podría producir una

revolución institucional con muy poco (simplemente, atándose las manos frente a las reglas de juego; dejando de cobijar a los existentes tejidos de corrupción). Sin embargo (como nos enseñara el gobierno de Alfonsín), en política, desgraciadamente, lo elemental no es suficiente. Y en este sentido, referido a su capacidad de llevar adelante reformas de más largo aliento, la Alianza promete tener algunas dificultades serias. Hoy por hoy, la coalición opositora no sólo no ha madurado su unidad (algo que, en realidad, no va a ser sencillo de lograr en un futuro cercano) sino que, además, no ha definido un perfil propio en cuanto a sus objetivos en el terreno económico y social: un plan que no sea complaciente frente a la actual situación de desigualdad social radical (este hecho, en definitiva, es el que le permite al gobierno acusar a los opositores de sólo ofrecer una «mala copia» de lo existente). Esta doble debilidad de la Alianza tal vez no la afecte hoy, en su poderoso ascenso, ya que en este momento a buena parte de la ciudadanía le resultan mucho más importantes las virtudes básicas de la coalición, que sus potenciales defectos. Sin embargo, ni los integrantes de la Alianza ni la ciudadanía opositora pueden contentarse con la idea de ganar las elecciones ahora para ocuparse luego, ya en el poder, de las dificultades que en este mismo momento ya se encuentran pendientes. En ese caso, su eventual victoria resultaría previsiblemente erosionada al poco tiempo, si es que no se convertiría, directamente, en una victoria inútil.